

CUENTOS  
REUNIDOS

ALFAGUARA  


BOWLES

## Introducción

Paul Bowles —«un punto de intersección en el que las más importantes tendencias artísticas del siglo XX convergen en un número improbablemente grande», como lo definió James Lasdun, uno de sus comentaristas más atinados— nació en Nueva York en 1910. Hijo único de un dentista próspero y músico frustrado, de niño su abuela materna le contó que su padre intentó matarlo a las seis semanas de haber nacido (parece que lo dejó desnudo en una canasta de mimbre bajo la nieve durante una tormentosa noche de invierno en Nueva Inglaterra o en Jamaica, Queens). Una de sus biografías cuenta que a los cinco años escribió una serie de cuentos de animales; a los quince, otra de cuentos policíacos. A los diecisiete publicó sus primeros poemas en *transition*, la revista internacional de surrealismo editada en París por Eugene Jolas. Un día, sin saber de antemano que iba a hacerlo —según cuenta en su autobiografía, *Without Stopping [Memorias de un nómada]*—, echó una moneda al aire. Si caía cara debía ingerir una botellita de Allonal para acabar con su vida; si caía cruz viajaría a Europa. La moneda decidió que viajara. (Unos setenta años más tarde yo le pregunté qué habría hecho si hubiera salido cara. *Creo que la habría lanzado de nuevo* —confesó—. *Pero sentí que estaba protegido por la suerte.*)

Volvió a Estados Unidos. Poco después de abandonar sus estudios en la Universidad de Virginia —donde se había inscrito porque Poe había estudiado allí—, en un arrebatado de cólera lanzó un cuchillo contra su padre; erró el tiro. Poco después tomó un barco de carga para volver a Europa.

En 1931, en París, conoció a Gertrude Stein, con quien había mantenido correspondencia y la que, juzgando por las cartas del joven Bowles, estaba segura de que su corresponsal era «un

caballero entrado en años» (un poco más adelante Stein llamaría a Bowles «salvaje artificial»). Frecuentó a Pound, a Cocteau, a Gide. Viajó a Berlín. Se hizo amigo de Christopher Isherwood (la heroína de *Cabaret*, su célebre novela, se llamaría Sally Bowles) y de Stephen Spender. Fue a Hannover para visitar el Merzbau, la famosa casa-museo de Kurt Schwitters, quien lo alojó unos días. Conoció a Krishnamurti en Holanda. De vuelta en París, Stein le aseguró que no tenía madera de poeta, y Bowles dejó la literatura y se dedicó a la música. Fue alumno y *protégé* de Aaron Copland, con quien visitó Marruecos por primera vez.

Al volver a Nueva York escribió crítica de música para la revista *Modern Music* y el *New York Herald Tribune*. Además de sus propios conciertos, música de cámara y canciones, compuso ballets para Lincoln Kirstein y Merce Cunningham, música incidental para Tennessee Williams, Orson Welles, William Saroyan, y una ópera, que dirigió Leonard Bernstein. Se inscribió en el Partido Comunista (y poco después pidió, sin éxito, que lo expulsaran).

En 1938 se casó con Jane Auer, la escritora que se convirtió en Jane Bowles. Los dos viajaron por Centroamérica y por México —donde Paul recibió órdenes de repartir volantes para pedir la muerte de Trotsky (más tarde el FBI abrió un expediente a su nombre). Durante la guerra, lejos de Nueva York y por influjo de Jane, que escribía por entonces *Dos damas muy serias*, su única novela, Paul volvió a dedicarse a las letras. Charles Henry Ford le pidió que editara un número de la revista *View*. Bowles eligió Latinoamérica como tema y dio al número el título de «Tropical Americana». Entre los textos escogidos —y traducidos al inglés por el propio Bowles— estaban «Las ruinas circulares» de Jorge Luis Borges, «El zopilote» de Ramón J. Sender, «La muerte de Eva» de Ramón Gómez de la Serna y «La historia del sabio pez-tierra» del *Popol Vuh*. Mientras leía libros de etnografía y traducciones literales de textos prehispánicos —cuenta Bowles en su autobiografía—, *tuve deseos de inventar mis propios mitos adoptando el punto de vista de la*

*mente primitiva*. El primer cuento producto de este impulso es «El escorpión».

En 1950 publicó la colección *The Delicate Prey* —cuyo título proviene de un cuento por excelencia cruel—, dedicada «a mi madre, que me leía de niño los cuentos de Poe».

Durante las próximas décadas, además de seguir escribiendo ficción, se dedicó a viajar —después de Centroamérica y el Norte de África, India, Tailandia, Ceilán. Hacia 1948 fijó su residencia en Marruecos. Siguió escribiendo música y ficción, hizo traducciones de cuentos orales y grabaciones de música marroquí. Su personalidad legendaria atrajo al pequeño y austero apartamento tangerino donde vivía a una larga lista de artistas y escritores, desde William Burroughs, Allen Ginsberg y Jack Kerouac hasta Truman Capote, Bernardo Bertolucci y Miquel Barceló. Murió allí en 1999.

«Poe, hombre de débil voluntad y urgido por las más contrarias pasiones —escribió Borges—, declaraba que la creación estética procede de la pura inteligencia». Bowles, cuya conducta social era la de un perfecto gentilhomme anglosajón y cuya prosa precisa y transparente constituye parte del placer de la lectura de sus extraordinarias ficciones, se inclinaba por «el método surrealista de abandonar el control consciente y escribir las palabras que acudieran a la pluma».

Los cuentos reunidos en este volumen, objetos verbales perfectamente organizados —de los que Gore Vidal dijo que estaban «entre los mejor escritos por un norteamericano»; y Norman Mailer, refiriéndose en particular a «Pages from Cold Point» [«Páginas desde Cold Point»], «entre los mejor escritos por cualquiera»—, podrían clasificarse en distintos grupos. Algunos fueron dictados por la nostalgia de ciertos lugares. Bowles, en uno de los pocos prefacios que escribió para sus ficciones, explica que los concibió evocando una atmósfera general, de la cual nacieron los protagonistas: *Dejar que el lugar determine el ca-*

*rácter de quienes lo habitan me parece un procedimiento práctico [...] Para mí, el placer de escribir cuentos, a diferencia de novelas, está en la libertad de dejar que los personajes inventen sus propias personalidades mientras emergen del paisaje.* Con frecuencia el paisaje corresponde a lugares reales. La acción de «En Paso Rojo» se desarrolla en una hacienda en Guanacaste, Costa Rica; «Después del mediodía» está situado en una pensión que existía en el Monteviejo, en las afueras de Tánger; «Los campos helados», en los alrededores de una granja en Nueva Inglaterra, adonde Bowles iba de niño con sus padres. Otros evocan la manera en que los habitantes de culturas extrañas ven a las criaturas del supuesto mundo civilizado. «Un episodio distante» pertenece a esta categoría y es uno de los más aclamados. En otros casos tanto los personajes como el lugar han sido tomados de la realidad, de anécdotas oídas en tierras remotas, como en el caso de «La delicada presa», o del entorno del autor, como en el de los monólogos «Tánger 1975» y «Massachusetts 1932». Al género fantástico pertenecen «Kitty», «Allal» y «El valle circular» (titulado así como tributo de admiración a Borges). En éstos, que podrían subclasificarse como «cuentos de transferencia», los personajes cambian su identidad por la de otros, y el lector termina por preguntarse quién es quién, y casi llega a convencerse de la identidad esencial de todo en el universo, como en la filosofía taoísta y el cuento de Chuang Tzu, el hombre que soñó que era una mariposa, citado por Gore Vidal en su introducción a los *Collected Stories* de Paul Bowles: «Cuando se despertó, no sabía si era Chuang Tzu quien había soñado que era una mariposa, o si era una mariposa que soñaba que era Chuang Tzu. Entre Chuang Tzu y la mariposa debe haber una diferencia. Esto es lo que se llama la transformación de las cosas».

En cierta ocasión le pregunté al autor, debilitado ya por los años y las enfermedades, si creía que hubiera podido vivir sin escribir.

—Lo que hice en el pasado ya no importa —me dijo—. El pasado es una puerta cerrada.

—¿Pero está satisfecho de haber escrito? —insistí.

—No estoy satisfecho de mi trabajo. Estoy satisfecho de haber trabajado —fue la sabia y lacónica respuesta.

En una carta dirigida a James Leo Herlihy en 1966, Bowles decía: *Demasiada importancia se le da al autor, y no la suficiente a su trabajo. ¿Qué importa quién es y qué siente, si es sólo una máquina de transmitir ideas? En realidad ni siquiera existe, es sólo una cifra, un espacio en blanco. Un espía enviado a la vida por las fuerzas de la muerte. Su fin es pasar información al otro lado, el lado de la muerte. Una vez lo ha hecho, pueden convertirlo en un personaje mítico: «Estuvo un tiempo entre nosotros, nos traicionó y cruzó la frontera con su material». No creo que el escritor pueda participar en nada; su pretensión de hacerlo es puramente mimética. Lo único que puede es mantener la máquina en funcionamiento y aprender a manejarla cada vez con menos torpeza (o eso esperamos). Un espía tiene que engañar, y en la medida de lo posible debe permanecer en el anonimato.*

Poco antes de morir, Paul Bowles pidió que sus restos fueran repatriados de Marruecos a Estados Unidos. Allí, en el norte del estado de Nueva York, entre colinas ondulantes cuyas formas pueden recordar las dunas, junto a las de sus padres, están enterradas sus cenizas.

RRR

## El escorpión

Una vieja vivía en una cueva que sus hijos habían abierto junto a un manantial en un despeñadero de barro antes de irse al pueblo donde vive mucha gente. No era feliz ni infeliz allí, porque sabía que el final de su vida estaba cerca y que probablemente sus hijos no volverían en ninguna de las estaciones del año. En el pueblo siempre hay muchas cosas que hacer y ellos estarían haciéndolas, sin molestarse en recordar el tiempo en que vivían en las colinas y cuidaban a la vieja.

En ciertas épocas del año, en la boca de la cueva caía una cortina de gotas de agua que la vieja tenía que atravesar para pasar al interior. El agua se escurría de las plantas despeñadero abajo y caía gota a gota sobre el suelo de barro. De modo que la vieja se había acostumbrado a pasar mucho tiempo acucillada en la cueva para mojarse lo menos posible. Fuera, a través de las gotas de agua, veía la tierra desnuda alumbrada por el cielo gris, y a veces grandes hojas secas pasaban ante sus ojos impulsadas por el viento que bajaba desde las zonas más altas del país. En el interior, donde ella estaba, la luz era agradable, de un color rosado por el barro que la rodeaba.

Algunas personas pasaban de vez en cuando por un sendero que no quedaba muy lejos, y como allí había un manantial, los viajeros que sabían de su existencia, pero que ignoraban dónde estaba exactamente, se acercaban a veces a la cueva antes de descubrir que el manantial no estaba allí. La vieja no les hablaba nunca. Se limitaba a observarlos mientras se acercaban, hasta que de pronto la veían. Y luego seguía viendo cómo se volvían y se alejaban en otras direcciones en busca de agua para beber.

A la vieja esta clase de vida le gustaba por varias razones. Ya no tenía que discutir ni pelear con sus hijos para hacerles

llevar leña hasta el horno de carbón. Era libre de salir por la noche a buscar comida. Podía comer todo lo que encontraba sin tener que compartirlo. Y no debía dar gracias a nadie por las cosas que tenía.

Un anciano solía bajar del pueblo al valle, y se sentaba en una roca a cierta distancia de la cueva, desde donde la vieja apenas alcanzaba a reconocerlo. Ella estaba segura de que él podía ver que había alguien en la cueva, y, aunque tal vez de manera inconsciente, le disgustaba que no diera señal alguna de que sabía que ella estaba allí. Sentía que el viejo tenía una ventaja injusta sobre ella, y el modo en que la usaba le parecía desagradable. Se le habían ocurrido varias ideas para molestarlo si llegaba a acercarse lo suficiente, pero siempre pasaba bastante lejos y se sentaba a descansar un rato en la roca, desde donde se quedaba mirando hacia la cueva. Más tarde continuaba su camino a paso lento, y a la vieja le parecía que después del descanso andaba más despacio que antes.

Había escorpiones en la cueva durante todo el año, pero sobre todo en los días justo antes de que las plantas comenzaran a destilar agua. La vieja tenía un gran lío de trapos que usaba para hacerlos caer del techo y las paredes, y los pisoteaba rápidamente con el calloso talón de sus pies descalzos. De vez en cuando un animalito salvaje o algún pájaro descuidado se aventuraban a entrar en la cueva, pero la vieja era demasiado lenta para cazarlos y ya ni siquiera lo intentaba.

Un día oscuro la vieja alzó los ojos y vio a uno de sus hijos, de pie en la entrada. No recordaba cuál de todos era, pero pensó que sería el que casi se había matado bajando a caballo por el lecho seco del río. Le miró la mano para ver si la tenía deforme. No era ese hijo.

Él comenzó a hablar:

—¿Eres tú?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí.



—¿Todo está bien?

—Todo.

—¿Te has quedado aquí?

—Como lo ves.

—Sí.

Hubo un silencio. La vieja recorrió la cueva con los ojos y le disgustó ver que el hombre que estaba en la entrada prácticamente oscurecía el interior. Se esforzaba por reconocer varios objetos: su bastón, su jícara, su bote de hojalata, su cabo de cuerda. El esfuerzo le hizo arrugar la frente.

El hombre habló de nuevo.

—¿Puedo entrar?

La vieja no respondió.

Él se apartó de la entrada y se sacudió las gotas de agua de la ropa. Está a punto de maldecir, pensó la vieja, que, sin llegar a recordar cuál de sus hijos era aquél, recordaba las cosas que solía hacer.

Decidió hablar.

—¿Qué? —preguntó.

El hijo se inclinó para asomar la cabeza por la cortina de agua y repitió:

—¿Puedo entrar?

—No.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Después agregó:

—No hay espacio.

Él volvió a retroceder y se enjugó la cabeza. La vieja pensó que tal vez se iría, pero no estaba segura de querer eso. De cualquier manera, ella ya no podía hacer nada, pensó. Le oyó sentarse junto a la entrada de la cueva y luego olió el humo de tabaco. No había otro sonido que el de las gotas de agua que caían sobre el barro.

Un poco más tarde la vieja oyó que él se ponía de pie. Volvió a pararse a la entrada.

—Voy a pasar —dijo.

Ella no contestó.

Él se agachó para entrar. La cueva era demasiado baja y no podía levantar la cabeza. Miró a su alrededor y escupió en el suelo.

—Vamos —dijo.

—¿Adónde?

—Conmigo.

—¿Por qué?

—Porque tienes que venir.

Aguardó un momento y luego preguntó suspicazmente:

—¿Adónde vas?

Él señaló hacia el valle con indiferencia.

—Allá.

—¿Al pueblo?

—Más allá.

—No quiero ir.

—Tienes que venir.

—No.

Él tomó el bastón de la vieja y se lo ofreció.

—Mañana —dijo ella.

—Ahora.

—Tengo que dormir —respondió, y se acostó sobre su montón de trapos.

—Está bien. Te espero fuera —dijo él, y salió.

La vieja se durmió enseguida. Soñó que el pueblo era muy grande. Se extendía indefinidamente y sus calles estaban atestadas de gente con ropa nueva. La iglesia tenía una torre alta con varias campanas que no dejaban de sonar. Anduvo entre la gente por las calles un día entero. No sabía si todos eran hijos suyos o no. Preguntó a algunos: «¿Ustedes, son hijos míos?». No podían responderle, pero la vieja pensaba que, de haber podido, hubieran dicho: «Sí». Cuando anocheció encontró una casa con la puerta abierta. Dentro había luz, y un grupo de mujeres estaban sentadas en un rincón. Se levantaron cuando ella entró y le

dijeron: «Aquí hay un cuarto para usted». No quería verlo, pero a empujones la metieron dentro, y cerraron la puerta. Ahora era una niña y estaba llorando. Fuera, el ruido de las campanas de la iglesia era muy fuerte, y ella imaginaba que cubrían el cielo. En lo alto de la pared sobre su cabeza había una hendidura por donde podía ver las estrellas, que iluminaban el cuarto. Del cielo raso de junco salió un escorpión. Descendía despacio hacia ella por la pared. Dejó de llorar y le clavó los ojos. Arqueaba la cola sobre el dorso y la movía un poco de un lado para otro mientras avanzaba. Deprisa, ella buscó a su alrededor algo para derribarlo. Como no había nada en el cuarto, usó la mano. Pero se movía con lentitud y el escorpión le agarró un dedo con las tenazas y se quedó allí prendido a pesar de que ella sacudía la mano con violencia. Luego se dio cuenta de que no iba a clavarle el aguijón. Sintió que la traspasaba una inmensa sensación de felicidad. Se llevó el dedo a los labios para besar al escorpión. Las campanas dejaron de sonar. Lentamente, en la paz que comenzaba, el escorpión se introdujo en su boca. Sintió la dureza del caparazón y las patitas con garras que le pasaban por los labios y la lengua. Bajó despacio por su garganta y se volvió parte de ella. Se despertó y dio un grito.

Su hijo preguntó:

—¿Qué pasa?

—Estoy lista.

—¿Tan pronto?

Él estaba de pie junto a la entrada y ella atravesó la cortina de agua apoyándose en su bastón. Él dio unos pasos delante de ella hacia el sendero.

—Va a llover —dijo.

—¿Está lejos?

—Tres días —respondió él, y se quedó mirando las piernas de la vieja.

Ella asintió. En ese momento se dio cuenta de que el viejo estaba sentado en la piedra. Tenía en la cara una expresión de profundo asombro, como si acabara de ocurrir un milagro. Mi-

raba a la vieja boquiabierto. Cuando pasaban frente a la roca la miró a la cara con más resolución que nunca. Ella hizo como que no lo veía. Mientras bajaban con cuidado por el sendero pedregoso, oyeron a sus espaldas la débil voz del viejo, arrastrada por el viento.

—Adiós.

—¿Ése quién es? —preguntó el hijo.

—No sé.

Él se volvió y le lanzó una mirada misteriosa.

—Estás mintiendo —le dijo.

1944